

**V Jornadas de Investigadorxs en Formación**  
**Instituto de Desarrollo Económico y Social (IDES)**  
**Ciudad de Buenos Aires, 7, 8 y 9 de octubre de 2020**

EJE 11. Desigualdades sociales y espacio urbano. Viejos problemas, nuevos desafíos sobre  
clase, género y etnia en la ciudad

**Clase, género y etnia en la estructura social de la ciudad de Santa Fe hacia 1920.**  
**Desafíos teóricos desde la sociología e historia social latinoamericanas**

Duarte, María Josefina<sup>1</sup>

**Resumen**

El objetivo de este trabajo se centra en reflexionar sobre las posibilidades de definir teóricamente la estructura social de la ciudad de Santa Fe en la década de 1920, considerando que las disposiciones de clase, de género y de etnia han sido factores constitutivos de la misma. Para ello aludiremos, primeramente, a algunas contribuciones de la sociología latinoamericana y argentina desde los años 1950, referidas a los estudios sobre estratificación y movilidad social, a las teorías dependencistas con foco en la inserción de Latinoamérica en el capitalismo y, por último, a la propuesta de Carlos Filgueira, relativa al análisis de la estratificación social en tanto estructura de oportunidades. Sobre las mismas haremos foco en el análisis del carácter relacional de las estructuras, tanto en los planos sincrónico como diacrónico.

Sin embargo, a la hora de revisar cuáles son los elementos que configuran las posiciones de los individuos y grupos en una determinada estructura social, consideramos que las contribuciones revisadas se centraron de manera casi exclusiva en las estructuras de mercados y ocupacionales. Es por ello que resulta imprescindible vincularlas con modelos más amplios, como los propuestos por diversas corrientes de la historia social argentina desde los años ochenta, los cuales abarcan diversas formas de desigualdad para la comprensión de las características de la estructura social santafesina de principios del siglo XX, entre las que se incluyen el género y la etnia.

---

<sup>1</sup> Doctoranda en Estudios Sociales (UNL), IHUCSO (UNL/CONICET), duartemariajosefina@gmail.com

**Palabras clave:** estructura social - clase - género - etnia

El siguiente trabajo se enmarca en una serie de reflexiones acerca cómo diversxs cientistas sociales han entendido las características y dinámicas de la estructura social en diversas geografías latinoamericanas, cuyos puntos de contacto se centran en una historia común de dominación colonial y procesos de inserción periférica dentro del sistema capitalista. Volver sobre sus producciones nos permite trazar una suerte de mapa, aunque nunca lineal y completo, sobre las posibilidades y límites de sus teorizaciones respecto a las formas en que la clase, el género y la etnia han sido partes constitutivas de los devenires sociohistóricos de sus propias sociedades. Interesa aquí poner en vinculación dichas propuestas teóricas con uno de los problemas centrales de la investigación doctoral de quien escribe, a saber, las características y dinámicas de la estructura social de la ciudad de Santa Fe a principios del siglo XX, puntualmente entre 1916 y 1928.

Si bien la periodización que se propone se enmarca en las temporalidades dadas a nivel nacional y provincial, observamos que no sólo existe una vacancia investigativa respecto a lo acaecido en el espacio santafesino, sino que en ella hubo particularidades que respondieron a las especificidades de las relaciones de poder que le fueron propias. Interesa entonces identificar las características de dicha estructura, haciendo énfasis en cómo las disposiciones étnicas y de género impactaron en su configuración, teniendo en cuenta que la ciudad se constituyó en sus inicios como un foco de poder colonial para luego adentrarse, no sin altibajos, en el proceso de periferización capitalista. En la década de 1920, la ciudad de Santa Fe atravesaba un proceso de franco crecimiento demográfico por pautas de desarrollo internas y por un saldo migratorio positivo, ligado tanto a las corrientes internacionales como a una más magra migración interprovincial. Signada por una delimitación poco nítida entre espacio urbano y rural, su estructura productiva era altamente heterogénea, ya que se centraba tanto en el eje ferroportuario ligado al modelo agroexportador, como en una serie de ramas de la actividad económica dirigidas a la producción de manufacturas y servicios para la satisfacción de las demandas de consumo locales. Todo esto incidió en la consolidación de un amplio abanico de formas de reclutamiento, selección, asignación y remuneración de la mano de obra.

En función de estos problemas de investigación, el objetivo de este trabajo consiste en revisar las posibilidades teóricas acerca de cómo definir la estructura de clases de la ciudad de Santa

Fe en las primeras décadas del siglo XX. Para ello nos centraremos, primeramente, en algunas contribuciones de la sociología latinoamericana y argentina desde los años 1950, cuando se produjo el auge de los estudios sobre estratificación y movilidad social y de las teorías dependentistas con foco en la inserción de Latinoamérica en el capitalismo. Por una parte, haremos foco en los abordajes sobre lo relacional de las estructuras, tanto en los planos sincrónico como diacrónico. De los enfoques relativos a la movilidad social, retomaremos las contribuciones tempranas de Gino Germani. Del otro lado del espectro, profundizaremos en autores que hicieron hincapié en la conflictividad social como elemento determinante de la estructura de clases, como Florestán Fernandes, Susana Torrado, Kelly Hoffman y Alejandro Portes y lxs científicas sociales nucleadx en el PIMSA. Desde una perspectiva que intenta integrar ambos modelos, repasaremos la propuesta de Carlos Filgueira sobre el análisis de la estratificación social en tanto estructura de oportunidades.

Seguidamente, pondremos en diálogo a estxs autorxs con otrxs provenientes de la historia social argentina, para revisar cuáles son los elementos que configuran las posiciones de los individuos y grupos en una determinada estructura social. Consideramos que las contribuciones sociológicas mencionadas más arriba se centraron de manera casi exclusiva en las estructuras de mercados y ocupacionales. Es por ello que resulta imprescindible vincularlas con modelos más amplios, como los propuestos por diversas corrientes de la historia social argentina desde los años ochenta, los cuales abarcan al género y la etnia como formas de desigualdad para la comprensión de las características de la estructura social santafesina de principios del siglo XX, entre las que se incluyen el género y la etnia.

\*\*\*

Como afirma Jelín (2014), a partir de la década de 1950, en un contexto de posguerra signado por nuevos paradigmas sobre la ampliación de derechos políticos y sociales y sobre el reconocimiento de los derechos humanos, surgieron en América Latina diversas corrientes académicas que dedicaron sus esfuerzos a revisar las especificidades del modelo de desarrollo del capitalismo en la región. En términos de Filgueira (2001), buena parte de dichos trabajos se enmarcaron en las corrientes sociológicas dominantes de la época. Quienes se ubicaron bajo el paraguas de visiones marxistas y de izquierdas hicieron foco en la conformación de las clases y en las bases del poder y de la conflictividad social. Criticaban el conservadurismo de las ópticas sobre la movilidad social, aduciendo que hacían caso omiso a problemas como el conflicto de clases. Sin embargo, la crítica también se produjo a la inversa. Al marxismo se le

remarcó su carácter forzado e ideológico desde las áreas centradas en estudiar la estratificación y la movilidad social e influidas por la escuela estructural-funcionalista estadounidense.

Dentro de estos últimos estudios, como es sabido, debemos incluir a los trabajos pioneros de Gino Germani. Su obra “La estructura social de la Argentina” de 1955, condensa las primeras miradas locales sobre la importancia de analizar las estructuras sociales y el papel que juegan las clases en ella. Si bien el autor progresivamente fue dirigiendo sus inquietudes hacia el surgimiento del peronismo, sus primeros trabajos nos otorgan una puerta de entrada a esta problemática para las primeras décadas del siglo XX. En ellos remarca que las clases no son meros elementos clasificatorios analíticos, sino que tienen una existencia real cuyas dinámicas se encarnan en hombres y mujeres en un espacio y tiempo determinados, es decir, cobran una existencia en el plano sincrónico. Asimismo, entiende que esas estructuras se transforman a lo largo del tiempo y que en cada período histórico se destacan unas determinadas características y relaciones al interior de cada una de las clases y entre las mismas. Particularmente, como afirma Faletto (2009), el autor -al igual que otros, como Medina Echavarría- centró su preocupación en comprender de qué manera, a partir del proceso de modernización, se dio en Argentina el paso de una sociedad tradicional a una sociedad moderna, en la cual la movilidad social adquirió un papel central entre los mecanismos de regulación de la estructura social.

Del otro lado del espectro, observamos que uno de los primeros trabajos significativos dentro del marxismo latinoamericano ha sido el del sociólogo brasileño Florestán Fernandes (1973). Su propuesta apunta a la comprensión de las especificidades que adquieren las estructuras sociales en Latinoamérica desde mediados del siglo XX, como producto de sus características históricas y en un enfoque que privilegia la dimensión diacrónica de la conformación de esas formaciones sociales. En este sentido, afirma que la expansión del capitalismo local en el siglo XX ha alcanzado una proporción suficiente pero no necesariamente preponderante para hacer de la estructura de clases un factor dinamizador y organizador de las sociedades, ya que ésta convive con otras dimensiones de la diferenciación social propias del período colonial. De esta manera, para el autor, los efectos de las formas de acumulación capitalista en un momento determinado hacen que las relaciones sincrónicas entre las clases adopten criterios diferenciadores, siendo que “...en América Latina algunas clases sociales son más clase que las otras. La exacerbación de los fines, intereses y conflictos de clase está regulada e impuesta por el tipo existente de capitalismo” (Fernandes, 1973: 197-198). Este último se define por su carácter dependiente, lo que supone una disminución permanente de la riqueza, ya que el excedente económico no puede ser monopolizado por las clases privilegiadas locales -con

mayor grado de conciencia de sus intereses- sino que es también absorbido por clases privilegiadas externas. Esto tiene como consecuencia el sometimiento permanente a la sobreexplotación de las clases trabajadoras latinoamericanas. Como indica Faletto, son estas las razones por las cuales el autor prefiere no hablar de “sistema de clases” en el sentido que este término adquiere para los países centrales.

Dentro de esa línea, desde la sociología argentina y en un análisis que parte temporalmente desde los albores del peronismo, Susana Torrado (1992) propone que las periodizaciones para definir una determinada estructura de clases deben realizarse en torno a los modos de acumulación capitalista efectivamente aplicados por las élites dominantes en función de sus intereses, desde cuyo resultado se establece una relación de producción como determinante en un momento histórico. A partir de ello, entiende que se generan formas de vinculación entre las clases sociales en las que se realiza el elemento conflictivo que la perspectiva de Germani había dejado de lado (Faletto, 2009: 169). En una lógica similar debemos ubicar los aportes de Portes y Hoffman (2003), quienes proponen un marco analítico para el estudio de las desigualdades en América Latina a partir de la década de 1980. Para ello deciden centrarse en el concepto de clases sociales, a fin de dar cuenta de manera explícita de las lógicas de conflicto, privilegios y explotación que hacen a la dinámica social contemporánea de la región. Lo interesante de estos dos últimos planteos radica en que, para la construcción de sus categorías analíticas, consideran como factor explicativo de las estructuras sociales no sólo la dimensión sincrónica y relacional entre las clases, sino también su carácter diacrónico, es decir, su construcción histórica. Esto es, en vinculación al modelo de acumulación de capital que las élites privilegian en cada período histórico, cobrarán mayor o menor importancia numérica y cualitativa determinados fragmentos de las clases dominadas, todo lo cual incide en las características de la estructura social. Asimismo, consideran que es posible establecer vinculaciones entre esto y las formas de relación entre clases en función de la defensa que cada una hace de sus intereses.

También dentro de la perspectiva marxista, caben considerar los estudios nucleados en el Programa de Investigación sobre el Movimiento de la Sociedad Argentina (PIMSA), conformado en la década de 1990 en la ciudad de Buenos Aires, a partir de trabajos interdisciplinarios de diversxs cientistas sociales. Como su nombre lo indica, buena parte de sus investigaciones se centran en el estudio del cambio diacrónico de la sociedad argentina a partir de mediados del siglo XX, su impacto sobre las estructuras productivas y de clases y las formas de conflictividad entre estas últimas. En el año 2001, en un documento colectivo de trabajo, desde dicho Programa han ratificado ciertas definiciones comunes en torno a las estructuras

sociales que ya venían desarrollando en indagaciones específicas. Las mismas privilegian a la estructura económica como el esqueleto de la sociedad, cuyo constante movimiento diacrónico debe ser entendido como una correlación de fuerzas objetiva entre las estructuras productivas y los grupos sociales que de ellas derivan, en función de la cual se constituyen las clases sociales (AA.VV., 2001: 3-4). Como resultado de dinámicas de composición, descomposición y recomposición de las relaciones sociales, individuos o grupos se clasifican en tanto propietarios o no de los medios de producción privilegiados en una estructura económica determinada.

Por último, en contraposición a la dicotomía y mutua exclusión que suponen las perspectivas teóricas revisadas hasta aquí, a partir de los años 2000 encontramos propuestas como la de Filgueira, que apunta a la necesidad de construir un modelo integrador para el análisis de clases. Para ello, este autor propone que un sistema de estratificación social ampliamente definido puede ser entendido como una estructura de oportunidades, en el sentido de "...una distribución de oportunidades para el acceso a posiciones sociales diferencialmente evaluadas" (Filgueira, 2001: 19). Las variaciones a lo largo del tiempo de esa forma de estratificación social pueden darse de manera abrupta o gradual y no necesariamente implican la sustitución de un sistema productivo por otro, más allá de que esa variable siempre tenga efectos importantes sobre las divisiones de clases y las posibilidades de movilidad social.

Como hemos observado hasta aquí, las perspectivas teóricas analizadas, al hacer foco o bien en la movilidad social o bien en el conflicto y explotación como factores explicativos para el análisis de las estructuras sociales latinoamericanas, tienen en común el hecho de no considerarlas como estáticas sino como una construcción histórica en la que diversos elementos de índole diacrónico inciden en las características específicas de que dichas estructuras tienen en un momento y espacio determinados. Sin embargo, entendemos que, en mayor o menor medida, dado que todas estas propuestas se centran en el análisis de las estructuras sociales latinoamericanas y argentinas en la segunda mitad del siglo XX, sólo nos brindan elementos de manera parcial para la comprensión de dichas sociedades en períodos históricos anteriores, signados por formas de inserción sectorizada en el sistema capitalista mundial.

\*\*\*

Diversas han sido las posturas que las propuestas teóricas analizadas hasta aquí han tomado respecto a qué es lo que debemos privilegiar a la hora de definir los posicionamientos de clase de individuos o grupos. Consideramos menester ponerlas en diálogo con los desarrollos realizados por la historia social local, a fin de establecer una serie de parámetros que contemplen la diversidad de situaciones en las que se establecieron las relaciones y estructuras de clases en

un momento histórico signado por una construcción heterogénea del capitalismo a nivel regional. Para ello, resulta importante comenzar por la importancia que adquiere para el análisis de las estructuras de clases las configuraciones de los mercados de trabajo y de las formas de inserción de los individuos y grupos en los mismos.

Primeramente, observamos que la propuesta funcionalista de Germani en torno a la definición de clases se centra casi exclusivamente en las variables de ocupación, de niveles de ingreso y, en menor medida, de credenciales educativas, a partir de las cuales elabora un esquema que reconoce a las clases altas, medias y al proletariado en los ámbitos rural y urbano (Faletto, 2009: 166). Sin embargo, al no relacionar estas categorías con otros fenómenos sociales, como la distribución de recursos materiales y simbólicos, deja de lado el hecho de que constituyen un elemento jerarquizador y un basamento de enfrentamientos sociales. Como afirma Filgueira, el paradigma en el que se enmarca el trabajo de Germani estuvo sesgado por una visión que destacaba los mecanismos de mercado, siendo que, aun cuando incluían otras variables explicativas, lo hacían únicamente en vinculación a estos.

Del otro lado del espectro, dentro de las perspectivas marxistas latinoamericanas de mediados del siglo XX, también se han privilegiado los parámetros económicos como determinantes para el análisis de los posicionamientos de clase. En este sentido, Fernández sostiene que es la situación económica y de mercado de un individuo o grupo lo que condiciona de manera directa o indirecta no sólo la distribución de riqueza, sino también la concentración de prestigio social y de poder político. Es así que, teniendo en cuenta las especificidades del capitalismo dependiente de América Latina, en el cual las formas de trabajo y desigualdad coloniales o bien conviven paralelamente, o bien se reconfiguran al calor de las exigencias de la acumulación capitalista, las clases bajas "...se enfrentan con limitaciones estructurales a la universalización de la condición obrera, a través de la proletarización" (Fernández, 1973: 227), condición que, al mismo tiempo, se vuelve un modo específico de movilidad social vertical. Por todo esto, el autor prefiere adoptar la categoría de "no poseedores" para englobar a un heterogéneo conjunto de actores, entre los que se incluyen "...los que están incorporados a economías de subsistencia o a estructuras arcaicas del sistema económico y los que empiezan a constituirse estrictamente como proletarios asalariados" (Faletto, 2009: 167).

Pese a la preponderancia de los mecanismos de mercado que ambos autores proponen, consideramos que su mirada sobre los mismos es lo suficientemente amplia. De un lado, Germani propone que, para el caso de las clases populares urbanas, debemos realizar una distinción entre trabajadores asalariados de industrias, servicios y comercios y trabajadores por

cuenta propia, que no se hallaban jurídicamente en una posición de dependencia pero que por sus características se asimilaban a los primeros. Del otro, Fernández, más allá del sesgo determinista que caracteriza a sus primeras obras, nos introduce a la problemática de la heterogeneidad del mercado de trabajo, signada por una multiplicidad de mecanismos de regulación de la mano de obra que no necesariamente se condicen con el predominio del trabajo asalariado propio de los países centrales. Es en esta tónica debemos analizar las contribuciones de la sociología argentina ligadas al marxismo. Entre ellas, en referencia a la Argentina peronista, Torrado sostiene que el carácter conflictivo de las clases se define en función de una relación de producción determinante, mediante el cual éstas se definen como clases explotadoras y clases explotadas. Al mismo tiempo, afirma que existen en una sociedad dada ciertas relaciones de producción determinadas, que incluyen a las de propiedad, posesión, control técnico y detentación. Estas constituyen los criterios para la constitución de capas sociales, es decir, de aquellos subgrupos al interior de una clase con diferentes jerarquías (Faletto, 2009: 169).

Asimismo, desde el PIMSA han ratificado la clásica vinculación entre clases y relaciones de propiedad, por lo que las primeras quedarían definidas como propietarias y no propietarias. Sin embargo, también han adoptado como criterio las diversas funciones de las clases, como ser las de dirección, planificación, organización, vigilancia y control del proceso de producción, sumadas las relativas al proceso de reproducción de las condiciones de la producción. De la combinación entre posiciones y funciones es que surge una determinada estructura de clases, que para ellos está constituida, aunque con matices, por: proletariado y semiproletariado, pequeña burguesía o pequeños patrones, y gran burguesía y altos funcionarios. Todas ellas se encuentran divididas por fracciones y capas en su interior, basadas en las esferas agrícola, industrial y comercial de la estructura productiva, a las que se suma la actividad no productiva (AA.VV., 2001: 6-8). Estas premisas les han permitido realizar un análisis pormenorizado de los vínculos entre lo urbano y lo rural, teniendo en cuenta tanto los diversos espacios geográficos de la Argentina según el predominio de determinadas estructuras económicas como las diferencias existentes entre los mismos (Iñigo Carrera, Podestá & Cotalero, 1999).

Por otra parte, el enfoque del PIMSA otorga vital importancia al problema -aunque desde los años 1960- de las formas de regulación del empleo que encubren relaciones de trabajo asalariadas informales bajo aparentes regímenes de trabajo autónomo según los mecanismos de contratación que subyacen a ellas (Iñigo Carrera N. & Podestá, J., 1991). Dentro de esta línea, se destaca el trabajo de Donaire (2004), quien analiza la categoría de trabajo por cuenta propia.

Al respecto, afirma que los trabajadores que se incluyen en esta “...desarrollan su actividad utilizando sólo su propio trabajo personal, es decir, sin emplear personal asalariado, así como sus propias instalaciones, instrumental y/o maquinaria” (Donaire, 2004: 8), siendo que las diferencias entre los mismos se dan estrictamente por las funciones del empleo, que incluyen la estacionalidad o permanencia del trabajo y los niveles de calificación y de ingreso.

En una misma lógica, Portes y Hoffman entienden a las clases sociales como un conjunto de “...categorías distintivas y perdurables de la población que se caracterizan por su acceso diferencial a los recursos que otorga el poder y las posibilidades de vida correspondientes” (Portes y Hoffman, 2003: 9). Pese a que esta definición podría resultar lo suficientemente amplia, los autores hacen foco únicamente en las posiciones de mercado y las lógicas ocupacionales, aunque realizan una advertencia significativa. Consideran que los análisis sobre estructuras de clases en las sociedades desarrolladas son insuficientes para explicar las lógicas latinoamericanas, ya que aquí no debemos centrar la mirada solamente en el control de los medios de producción, de habilidades intelectuales escasas y del trabajo de terceros, sino también en unas formas de trabajo que no son legalmente reglamentadas y que incluyen diversas modalidades de inserción económica. Todas ellas se engloban en el llamado “sector informal”, el cual se instituye como una característica distintiva de las formas heterogéneas y segmentadas que adquiere el capitalismo periférico.

En este último, resulta imposible identificar un sujeto homogéneo como el “proletariado”, ya que se da una yuxtaposición de criterios para la definición de las clases. Los que Portes y Hoffman adoptan en su análisis son: el control del capital y de los medios de producción, el control de una fuerza de trabajo impersonal y organizada burocráticamente, el control de calificaciones subsidiarias y técnico-administrativas, la cobertura y reglamentación legal, el modo de remuneración y el porcentaje de la fuerza de trabajo que significa cada uno de los deciles en la estructura de clases. En función de ello, elaboran una tipología de clases que incluye a seis grandes grupos. Primeramente, capitalistas, ejecutivos y trabajadores de élite, los cuales conforman la clase dominante; les sigue la pequeña burguesía, que en América Latina toma la forma de un sector de la población que posee algunos medios de producción, cierta especialización técnica o artesanal y controla un pequeño número de trabajadores, muchas veces informales. En los estratos más bajos de las estructuras de clases se encuentran el proletariado formal manual y no manual, y proletariado informal, las cuales conforman las clases subordinadas.

En este punto resulta importante realizar una aclaración. Si bien las contribuciones marxistas analizadas hasta aquí nos permiten ampliar nuestra visión respecto a las formas en que se configura la estructura de clases en torno a las dinámicas económicas y ocupacionales, algunas de las categorías que proponen resultan inadecuadas en tanto insumos para el estudio de las sociedades de comienzos del siglo XX. En particular, incurriríamos en un error si pensamos como criterio clasificador de las relaciones laborales a las categorías de formalidad e informalidad del empleo, puesto que, al menos en Argentina y específicamente en el espacio santafesino, en un contexto de modernización estatal, las formas de regulación del trabajo y de la seguridad social que hoy conocemos no estaban institucionalizadas. En este sentido, los aportes de Isuani (1985) resultan enriquecedores, ya que, desde la sociología política, analiza históricamente la conflictividad en torno a la institucionalización de derechos de seguridad social en Argentina. Es aquí que consideramos relevante introducir algunos aportes de la historiografía social argentina que refuerzan hipótesis tendientes a relativizar la idea de un mercado de trabajo homogéneo con un proletariado asalariado uniforme como sujeto constitutivo de las clases trabajadoras. Las contribuciones de Leandro Gutiérrez (1981) pueden considerarse una puerta de entrada para pensar las vinculaciones entre los diversos regímenes laborales que se dieron a principios del siglo XX al interior del rubro de producción, industria y comercialización de los bienes alimenticios y las estrategias de autosubsistencia que las clases trabajadoras implementaban para abaratar sus costos de vida. Esta cuestión, asimismo, nos introduce al problema de las formas en que la configuración del mercado de trabajo influye sobre la condición de la clase trabajadora en un período determinado. Complejizando aún más la propuesta sobre la heterogeneidad de los mercados de trabajo en la Argentina de principios del siglo XX, tanto Ofelia Pianetto (1984) para el caso cordobés como los trabajos dirigidos por Ricardo Falcón (1993) para la ciudad de Rosario, destacan la necesidad de no escindir tajantemente los ámbitos urbanos de los rurales dada la circulación de trabajadores entre esos espacios, ya que éstos se ocupaban estacionalmente tanto para las actividades agrícolas como para la construcción y el comercio urbanos.

En un estudio mucho más reciente, del lado de la sociología histórica, Mario Rapoport (2006) solidifica estas apreciaciones introduciendo la hipótesis de que hacia la década de 1920 en la Argentina se estaba forjando un modelo de acumulación transitorio entre el agroexportador y el de sustitución de importaciones, lo cual trajo como consecuencia una mayor estratificación interna de la clase trabajadora: “En el estrato superior se localizaban los trabajadores de los principales servicios públicos -ferroviarios y municipales, más tarde tranviarios y telefónicos-

que por sus lazos con el Estado y con las empresas monopólicas proveedoras lograron convenios colectivos, escalafonamiento, leyes sociales (...). Por debajo de este sector se ubicaban los obreros calificados de la mayoría de las ramas industriales, en un mercado de trabajo que seguía caracterizado por la inestabilidad y las fuertes variaciones estacionales” (Rapoport, 2006: 135). De este modo, el autor logra ligar la heterogeneidad del mercado de trabajo y las vinculaciones entre trabajadores, patrones y Estado en una misma línea de análisis que resulta crucial para comprender las formas que adquirió la estructura social en Argentina a principios del siglo XX. En una perspectiva similar, Isuani en su recorrido deja ver una serie de criterios para la definición de las clases sociales que exceden a los referidos a las posiciones en el mercado de trabajo y las estructuras económicas, que podemos clasificar en dos grandes grupos: las pujas políticas e ideológicas y las condiciones migratorias y étnicas. Analizaremos estos dos grandes ejes retomando los aportes de un amplio abanico de autores, agregando un tercero referido a las desigualdades de género, ya que consideramos que las perspectivas teóricas centradas únicamente en los mercados de trabajo resultan insuficientes para dar cuenta de las dinámicas de las estructuras sociales.

\*\*\*

Los procesos políticos e ideológicos han sido un punto de referencia de diversos autores a la hora de analizar los factores explicativos de la configuración de las estructuras de clases. En primer lugar, como hemos mencionado más arriba, el mismo Isuani atiende a las pujas intra e interpartidarias en los organismos legislativos y al impacto que éstas tuvieron en las políticas públicas tendientes a regular las condiciones de vida y de trabajo de las clases trabajadoras. Asimismo, analiza las estrategias que dichas clases se dieron para reclamar y luchar por las mejoras de sus condiciones laborales y de existencia. En el sentido inverso, observamos que Torrado, si bien enfatiza en los factores ocupacionales y de ingreso, considera que junto a la economía se desarrollan otros tipos de procesos, como los jurídico-políticos y los ideológicos, que tienden a reforzar las condiciones de reproducción de las relaciones de explotación determinantes y determinadas. Como consecuencia, entre sus variables analíticas retoma no sólo cuestiones como la evolución de los salarios reales de la clase trabajadora, sino también los niveles de consumo y de distribución de la renta y el gasto público social del Estado. Es decir, mientras que Isuani atiende a estos factores como posibilitadores de cambios en las estructuras sociales, Torrado los considera mecanismos que aseguran su reproducción.

En una perspectiva intermedia, desde la óptica de la historiografía, Gutiérrez incluye a los aspectos de la vida material como la vivienda, la salud y la alimentación dentro de los

parámetros centrales que, junto a las dinámicas del mercado de trabajo, definieron a los sectores populares en la ciudad de Buenos Aires entre 1880 y 1914. Asimismo, implícitamente, destaca la necesidad de indagar qué rol jugaron en la definición de las condiciones de vida material de las poblaciones urbanas tanto las formas de acumulación de capital como los poderes públicos, ya sea mediante la consolidación de un mercado inmobiliario o por diversas formas de intervención estatal en esas problemáticas. Por otra parte, en los trabajos dirigidos por Falcón mencionados más arriba, se destaca el reconocimiento de sujeto trabajadores como un conjunto social heterogéneo. Esta cualidad se vincula, en correspondencia con los planteos de Gutiérrez, a los diversos atolladeros que supusieron la cuestión habitacional, alimenticia y de la salud pública en tanto factores claves para analizar las condiciones de vida de las clases trabajadoras en el proceso de expansión urbana rosarina del centro a la periferia a fines del siglo XIX.

Asimismo, al igual que Isuani, estos dos últimos autores consideran central la necesidad de atender, además de a las características de la estructura ocupacional y las condiciones de vida y las formas en que éstas se definen, a la cuestión étnica y racial y a la condición migratoria como elementos constitutivos de las estructuras de clases en las diferentes regiones argentinas de principios del siglo XX. Sobre esta cuestión, podemos trazar dos grandes posturas. De un lado, para el caso rosarina de fines del siglo XIX y principios del XX, Falcón y su equipo privilegian la composición étnica de los trabajadores para definir su condición de clase, aunque haciendo únicamente énfasis en los inmigrantes europeos, particularmente italianos. Dentro de esta línea es posible incluir perspectivas como las de Germani y Rapoport, que coinciden en proponer que los altos niveles de población inmigrante en la sociedad argentina, pero fundamentalmente litoraleña, de principios del siglo XX se vieron envueltos en un traspaso desde las clases populares hacia las clases medias y hasta altas, que se irían forjando en este período a partir de un proceso de movilidad social ascendente.

Del otro lado se encuentran planteos como el de Pianetto para Córdoba, que consideramos de suma importancia a la hora de analizar el escenario santafesino, ya que nos invita a relativizar la idea sobre la proporción mayoritaria de inmigrantes europeos en la constitución del mercado de trabajo del período. A la manera en que Mirta Lobato (2001) registró en su investigación sobre los frigoríficos de Berisso, debemos dar cuenta también de la proporción de trabajadores provenientes de otras geografías de la Argentina y, al mismo tiempo, explicar las tensiones y solidaridades que se generaban entre migrantes internos y externos y la población nativa, tanto dentro como fuera de los ámbitos de trabajo. En sintonía con esta perspectiva, que considera no sólo las características demográficas de la población en términos cuantitativos, sino también a

las posibilidades de acción de los sujetos en base a sus condiciones étnicas o raciales, merece la pena retomar las apreciaciones que Jelín realiza acerca de los trabajos de Fernández de la década de 1960 referidos a la población negra de Brasil. La autora destaca que el sociólogo, partiendo de un modelo estructural, se desplaza hacia el plano de las subjetividades y capacidad de agencia de los negros y negras paulistas en tanto elementos que influyen en sus formas de integración en la sociedad de clases en función de las opciones que los diferentes escenarios les posibilitan (Jelín, 2014: 19-20).

Asimismo, cabe destacar que los enfoques de Fernández y de Lobato coinciden en incluir la dimensión de género como elemento constitutivo de la estructura ocupacional y de las dinámicas de clase en los microescenarios sociales. Tal como lo repasan Jelín desde una perspectiva sociológica y Andújar (2017) del lado de la historia social, han sido numerosas las contribuciones realizadas desde las ciencias sociales latinoamericanas para echar luz al problema de las vinculaciones entre clase y género. Aquí interesa destacar algunas líneas acerca de su importancia. Como sostiene Andújar, una de las mayores contribuciones de la historia social del trabajo con perspectiva de género ha consistido en entender a los trabajadores y trabajadoras como sujetos sexuados, en el sentido de que las jerarquías entre los sexos son constitutivas de las formas de explotación, de organización y de vida y repercuten en forma directa en los diversos posicionamientos en una estructura de clases. Como consecuencia de ello, desde los años 1970 se comenzaron a abordar a las mujeres no sólo desde su capacidad de agencia, sino también desde su lugar de “puente” entre el trabajo productivo y reproductivo, en tanto eje central del sistema capitalista.

Para finalizar estas reflexiones, resulta importante destacar que el planteo de Jelín acerca de las diferentes esferas o dimensiones que se ven atravesadas por los procesos de cambio ligados al desarrollo del capitalismo, puede resultar una punta de lanza para repensar las dinámicas de las estructuras sociales en función de una multiplicidad de desigualdades. La autora sostiene que las mismas implican no sólo a las estructuras productivas, sino a toda una serie ámbitos que aquí hemos repasado: la influencia de las diversas agencias estatales, la institucionalización de cambios en los sistemas jurídicos, que casi siempre parten de la canalización de demandas de los sujetos sociales en otros espacios, las diferencias étnicas y de género. Todas ellas se modifican de manera particular según las características de espacios sociales específicos.

Es por ello que consideramos necesario atender a propuestas integrales para una comprensión genuina de las dinámicas, tanto diacrónicas como sincrónicas, de las estructuras sociales y de clases. Dentro de las repasadas en este trabajo, los aportes de Filgueira podrían entenderse como

una síntesis de un posible modelo explicativo, lo suficientemente abarcativo para explicar las dinámicas de clase. Dicho autor, sin dejar de lado la estructura ocupacional y los modelos productivos preponderantes en un determinado período histórico, nos invita a analizar otros aspectos que se encuentran profundamente imbricados: la demografía, las formas de intervención del Estado y, lo más importante, lo que Bourdieu ha denominado como capital social. Es decir, las posibilidades que los sujetos tienen para disponer de información y contactos y para insertarse en redes informales e independientes del mercado que, sin embargo, movilizan recursos, entre las que se destacan la familia, la etnia, el género, la religión y las migraciones.

De este modo, a partir de lo analizado hasta aquí podemos decir que, para realizar un correcto abordaje de la estructura de clases de la Santa Fe de principios del siglo XX, debemos servirnos de propuestas integradoras, que atiendan a una serie de factores estrechamente ligados. Primeramente, es de crucial importancia acercarnos a la heterogeneidad de la estructura productiva local, signada tanto por el eje ferropuerto como por las áreas de comercio y manufactura como sectores que proveyeron casi exclusivamente de bienes de consumo primarios a la ciudad. En vinculación con ello, es necesario adentrarnos en la multiplicidad de regímenes de trabajo, entre los que se encuentran los trabajadores asalariados, los que recibían un jornal, a quienes se les pagaba por día y por hora y los trabajadores autónomos, todas modalidades que, a su vez, se veían atravesadas por el factor de la permanencia o estacionalidad del trabajo. Estas cuestiones se corresponden con lo que Falcón (2005) denominó como “mundo del trabajo”, es decir, los aspectos que definen las relaciones de explotación en el lugar de trabajo. Sin embargo, tal como afirma el autor, para comprender características de la clase trabajadora, también debemos analizar el “mundo de los trabajadores”, esto es, la multiplicidad de factores que atraviesan las experiencias de estos varones y mujeres fuera de su ámbito de laboral y que hacen a sus formas de vida. En este sentido, consideramos que atender fundamentalmente tanto a las condiciones materiales de vida, entre las que analizamos la vivienda, la salud, la alimentación y la espacialidad urbana, como a la etnia y el género, nos proporciona una mirada mucho más amplia sobre cómo se fueron delimitando, no sólo la estructura de clase, sino también las identidades de los trabajadores y trabajadoras y sus formas de organización y acción colectivas, para de esta manera vincular las estructuras más globales con las formas de subjetividad de los actores sociales.

## **Bibliografía**

- AA.VV. (2001). Taller “Estructura social de la Argentina”. *Documento de Trabajo*, 24, PIMSA.
- Andújar, A. (2017). Historia social del trabajo y género en la Argentina del siglo XX: balance y perspectivas. *Revista Electrónica de Fuentes y Archivos (REFA)*, 8 (8).
- Donaire, R. (2004). Diferentes fracciones sociales encubiertas bajo la categoría ocupacional “trabajadores por cuenta propia”. *Documentos y Comunicaciones*, 8, PIMSA.
- Falcón, R. (2005). *La Barcelona Argentina: migrantes obreros y militantes en Rosario 1870-1912*. Rosario: Laborde Editor.
- Falcón, R. (et. al.) (2003). Élités y sectores populares en un período de transición (Rosario, 1870-1900). En Ascolani, A. (comp.), *Historia del sur santafesino. La sociedad transformada. 1850-1930*. Rosario: Platino.
- Faletto, E. (2009). Formación histórica de la estratificación social en América Latina. *Dimensiones políticas, sociales y culturales del desarrollo*. Bogotá: Siglo del Hombre Editores-CLACSO.
- Fernández, F. (1973). Problemas de conceptualización de las clases sociales en América latina. *Las clases sociales en América Latina*. México: Siglo XXI Editores.
- Filgueira, C. (2001). La actualidad de viejas temáticas: sobre los estudios de clase, estratificación y movilidad social en América Latina. *Serie Políticas Sociales*, 51, División de Desarrollo social, CEPAL-ECLAC.
- Germani, G. (2010). *Gino Germani, la sociedad en cuestión. Antología comentada*. Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.
- Gutiérrez, L. (1981). Condiciones de la vida material de los sectores populares en Buenos Aires. 1800-1914. *Revista de Indias*, 163-164.
- Iñigo Carrera, N. & Podestá, J. (1991). Elementos para el análisis de una relación de fuerzas sociales objetiva. Argentina 1991. *Comunicación PIMSA*, Buenos Aires.
- Iñigo Carrera, N., Podestá, J., Cotalero, M.C. (1999). Las estructuras económico sociales concretas que constituyen la formación económica de la Argentina. *Documento de Trabajo*, 18, PIMSA, Buenos Aires.
- Isuani, E. (1985). *Los orígenes conflictivos de la seguridad social argentina*. Buenos Aires: Biblioteca Política Argentina-Centro Editor de América Latina.

Jelín, E. (2014). Desigualdades de clase, género y etnicidad/raza. Realidades históricas, aproximaciones analíticas. *DesiguALdades.Net Working Paper Series*, 46 (73).

Lobato, M. (2001). *La vida en las fábricas. Trabajo, protesta y política en una comunidad obrera, Berisso (1904-1970)*. Buenos Aires: Entrepasados / Prometeo Libros.

Pianetto, O. (1984). Mercado de trabajo y acción sindical en Argentina, 1890-1922. *Desarrollo económico*, 94 (24).

Portes, A., Hoffman, K. (2003). Las estructuras de clase en América Latina: composición y cambios durante la época neoliberal. *Serie Políticas Sociales*, 68, CEPAL, Santiago de Chile.

Rapoport, M. (2006). *Historia económica, política y social de la Argentina (1880-2003)*. Buenos Aires: Ariel.

Torrado, S. (1992). *Estructura social de la Argentina: 1945-1983*. Buenos Aires: Ediciones de la Flor.